



## Mundo simbólico Poética, política y teúrgia en el barroco hispano

*Fernando Rodríguez de la Flor*

Madrid, Akal, 2012.

Los estudios sobre la cultura barroca hispana se han sucedido en los últimos años desde perspectivas teóricas dispares. Estudiosos de la literatura, el arte, la cultura visual o la filología han indagado entre los pliegues del Barroco para arrojar luces sobre su sentido, adoptando metodologías propias de sus áreas académicas de trabajo. Sin embargo, el Barroco y sus producciones culturales no se acomodan tan bien como quisiéramos a los constreñidos límites que marcan nuestros departamentos universitarios sino que la compleja cultura alegórica del Barroco hispano, fundada en la unión de las artes, en la mezcla de géneros y medios, en la impureza de sus obras, requiere de una decidida actitud interdisciplinar para poder abordar con garantías su comprensión. Fernando R. de la Flor se ha mantenido fiel a la interdisciplinariedad en su larga y sólida trayectoria académica, adoptando además una postura posmoder-

nista en el estudio de ese mundo simbólico o selva de signos que constituyó el Barroco hispano. El presente libro lanza una lectura del Barroco que huye de las habituales interpretaciones monolíticas, serenas y conservadoras y en su lugar aboga por reconocer sus fisuras, fracturas y contradicciones, lanzando una interpretación provocadora e inspiradora para abrir nuevos caminos que transiten sobre espacios inexplorados de la cuestión barroca.

Con esta premisa presenta el autor su última aproximación a la cultura barroca con el sugerente (y piccinellesco) título *Mundo simbólico*, libro precedido por una cita de Umberto Eco que ya nos advierte de la particular epistemología del mundo que el Barroco configuró a base de jeroglíficos, emblemas, juegos, máscaras, sentencias, etc. El propósito del autor en este su más reciente libro es captar la cartografía de la mente social en el Barroco hispano para

entroncar con un fundamento o estadio genealógico para nuestra posmodernidad. Diversos autores en los últimos años han reclamado una revuelta posmoderna a lo Barroco, como si éste estuviese latente en nuestras vidas, como si la condición posmoderna estuviese iluminada por el aura que destila el mundo preilustrado de alegorías y emblemas conceptuosos y especiosos. Desde Calabrese, Anceschi o Wollen, pasando por Perniola, Sarduy, Jarauta o Marzo, la posmoderna actualidad del Barroco es algo ya asentado en el campo académico y artístico de nuestro tiempo.

Con esta decidida postura, *Mundo simbólico* nos plantea nuevas lecturas y visiones del planeta católico, complejas y ricas, llenas de matices y cuyos capítulos indagan en temas habituales de los estudios del Barroco pero vistos desde perspectivas totalmente diferentes que se sustentan en una bibliografía novedosa y siempre estimulante en la que los intelectuales Barrocos como Quevedo, Calderón, Gracián y una larga lista de autores menos conocidos se mezclan con Foucault, Heidegger, Debord, Deleuze o Benjamin.

R. de la Flor nos sumerge con sus páginas en un planeta católico regido por la lógica cultural de la conservación en la que la melancolía inunda todos sus intersticios en aras de provocar una pérdida del deseo del mundo y negar la lógica del progreso. En ese planeta, la ciencia laica, desanclada de cualquier realidad verdadera, se muestra formada a base de una suma de posiciones engañosas. El autor nos muestra, en este panorama, las dos caras de la memoria y los saberes, perfilando sus alcances y sentidos en el contexto de la península metafísica de la Contrarreforma. El saber es peligroso e inútil para un proyecto de mundo decididamente metafísico en el que la verdadera filosofía es la *meditatio mortis*. De este modo, el escepticismo y el pirronismo se enseñorean en los tiempos barrocos, moldeando una figura del sabio que sabe leer el mundo bajo la óptica

de lo sagrado y descifrar la selva de signos del planeta católico y melancólico para encontrar un sentido salvífico para el hombre. La memoria, y las artes que la enseñan y potencian, adoptan en este contexto una doble faz, pues es una memoria que se ejercita con una finalidad moral y, al mismo tiempo, es una técnica puesta a disposición de los grupos y clases letrados.

Los emblemas, quizás paradigma de ese mundo simbólico o selva de jeroglíficos, son cuestionados por R. de la Flor como elementos cuyos valores son inamovibles, seguros y sólidos. El autor indaga en las relaciones entre los emblemas y los espacios de poder para argumentar que con los años del cambio de siglo, aproximadamente entre 1590 y 1610, las facciones nobiliarias que se encuentran en el laberinto de la corte van a encadenar las prácticas discursivas a sus intereses de cada momento, obligando a los intelectuales barrocos a legitimar su posición. En este sentido, la emblemática, o por lo menos los casos concretos que ilustran el argumento, las *Emblemas moralizadas* de Hernando de Soto (1599) y los *Emblemas morales* de Sebastián de Covarrubias (1610), expresan intereses cortesanos directamente relacionados con sus creadores y no tanto juegos verbo-visuales de sentido estable. Ambas obras son el ejemplo que ilustra este argumento en tanto en cuanto están dedicadas al Duque de Lerma, por lo que los motes y *picturae* que los componen no contemplan una lectura universal y de orden fijo sino que contienen un auténtico «saber de circunstancias», un saber condicionado por los intereses de los diversos grupos que vagan por el laberinto cortesano.

La alegoría y la Eucaristía ocupan unas de las líneas más originales e inspiradoras del libro, pues el autor perfila el papel de la digestión (y la escatología) en el misterio de la Eucaristía y lo pone en relación con el campo de bodegones y naturalezas muertas del Barroco, analizando las implicaciones gastronómicas que se encierran en el mis-

terio de la transustanciación. El concepto eucarístico es el jeroglífico que encierra el sentido de toda una época, de todo el mundo simbólico que analiza R. de la Flor. Místicos, poetas, teólogos, pintores, literatos, todos ellos trabajaron para sostener, en el corazón del sistema simbólico-alegórico barroco, el papel de la Eucaristía. El primado de la alegoría en la episteme barroca cuenta, según el autor, con un espejo en el misterio eucarístico. Las metáforas y alegorías con sus juegos de ingenio y agudeza, tan propios del Barroco, son especulares a la Eucaristía, en tanto en cuanto, esta última también evoca lo que no está en lo que está presente y dice una cosa por medio de otra. Así, en la Eucaristía, como en la alegoría, todo es cuestión de perspectiva y de anamorfosis, de ver lo sagrado a través de lo mundano, de ver a Cristo a través del pan y del vino.

En el planeta católico, en el que todo es símbolo, el imaginario social del derecho barroco adopta también la forma de un laberinto, de un complejo espacio que representa el universo de alcaldías, chancillerías, audiencias, jueces o alguaciles. Un laberinto en el que es posible vislumbrar las dos caras anuales de un sistema jurídico que, estando inspirado y configurado a partir de principios humanistas, es aplicado de modo perverso por unos jueces que moldean las leyes como si fuesen de cera en función de sus intereses y caprichos.

Un mundo simbólico en el que los santos jóvenes como san Luis Gonzaga o san Estanislao de Kostka son utilizados como modelos vacíos por parte de la Compañía de Jesús para justificar y fortalecer su tarea educativa con los jóvenes, un planeta católico en el que la metafórica y metafísica del corazón se articula como una máscara, pantalla o celda con la que ocultar las pasiones o movimientos del alma. En las ciudades barrocas sitúa el autor los orígenes de esa sociedad del espectáculo que Guy Debord definiera con precisión en tanto en cuanto se promueve un urbanismo de espectáculo en el que prima lo virtual y efímero y en el que las ciudades se cargan de una atmosfera espectacular a base de procesiones, triunfos, teatros, ceremonias o fiestas.

*Mundo simbólico* constituye, en definitiva, *le dernier regard sur le baroque*, por citar las palabras de Rousset, una última mirada que desde la posmodernidad muestra un Barroco mucho más rico y articulado por diversidad de variables, complejo y lleno de pliegues, como querría Deleuze. El vértigo que desde estos posicionamientos nos transmite el Barroco es su actualidad y su decidida capacidad para abrirse paso en nuestros días. Y los trabajos de R. de la Flor constituyen el mejor ejemplo de esa actualidad. O, dicho de otro modo, de lo barrocos que somos los posmodernos.

Luis Vives-Ferrándiz Sánchez  
Universitat de València

